

ESPAÑA EN MARAGALL

I

Mi tesis doctoral sobre Maragall (de la que ofrezco aquí un brevísimo resumen) es un estudio de toda la obra periodística del poeta que hace referencia a la relación que existió entre Maragall y los escritores de la llamada «generación del 98» y también a los grandes temas de interés histórico que trató en su obra: catalanismo, el desastre, ideal federal, concepto de pueblo, etc.

Después de un estudio comparado y exhaustivo de las poesías agrupadas en *Els tres cants de la Guerra* —«El adéus», «Oda a Espanya» y «Cant del retorn»—, de los artículos que hacen referencia a la guerra con Cuba y del epistolario de Maragall, podemos afirmar que, desde Barcelona, Maragall dio una respuesta honda y original que se manifiesta claramente ante el desastre, y que podemos concretar así:

a) España hace muy mal en mandar a sus hijos a la muerte y convertir en fiestas sus funerales. La España «sin pulso», de Silvela, sería la España incapaz de buscar la verdadera vida, de Maragall.

b) Pero España puede salvarse si:

En 1896: No manda sus hijos a poniente, es decir, renunciando a la guerra y perdiendo Cuba.

En 1898: Escuchando a todos sus hijos, que le hablan en sus propios idiomas, recogiendo en sí misma, pensando en la vida que le rodea y haciendo sus lágrimas fecundas, alegres y vivas. En una palabra, aprendiendo a ser madre de sus pueblos:

En 1899: Si es capaz de serenidad, si su lengua permanece viva, si es capaz de aprehender una orientación en su historia.

II

Tres constantes aparecen en el catalanismo de Maragall a través de todas sus fases: 1) En la base del catalanismo y de la nación está el idioma. 2) Es necesaria la solidaridad de todos los catalanes. 3) Su misión y la de las clases directoras es con-

ducir el pueblo a la altura. Altura que significa el dominio político de la vida nacional y la unión o acercamiento a Europa y la vida moderna. En sus últimas etapas este hecho implicará necesariamente la integración de Cataluña en *Ibèria, mare aimada*.

Para una mejor comprensión de la evolución de Maragall dividimos este apartado en cinco etapas:

a) *Hasta la guerra con Cuba*.—Etapa que se caracteriza por un despertar y que va acompañada de una certeza doble: 1) El Estado español está muerto, no tiene significación dentro del mundo civilizado. 2) Cataluña es un pueblo que se siente «diferente» y que quiere «el derecho a una vida propia, creciente y feliz».

b) *Hasta la elección de los cinco presidentes (1901)*.—Etapa dominada por la realidad de la guerra con Cuba y con los Estados Unidos. En esta fase el poeta habla ya a España, y le habla como un hijo: «*Escolta la veu d'un fill*», y le pide que se vuelva «*fecunda, alegre i viva*».

c) *Hasta la Solidaridad (1906)*.—Esta etapa arranca de 1901 y apunta una idea importante: *el catalanismo es un movimiento que está en estrecha relación con la vida de España*.

Maragall pide primero, ingenuamente, a España que convierta el catalanismo en una palíngenesia nacional. Más adelante profundizará en su actitud y afirmará que la cuestión no es que Cataluña se salve sola: es necesario que nazca a la vida nacional un tipo de español nuevo.

d) *Hasta la semana trágica (1909)*.—A raíz de la Solidaridad, Maragall afirma que el catalanismo ha entrado, de una forma «franca y resuelta», en la política española. Es el momento en que por primera vez se va a resolver un problema nacional, en que por fin España podrá ser amada por todos los pueblos peninsulares. Es el momento también en el que los catalanes, olvidando sus discordias y disensiones, «ahogando sus pasiones políticas», formarán como un río patriótico y serán la causa de un intenso movimiento popular y sentimental. Para Maragall la Solidaridad es la «*terra que s'alça en els seus homes*». Es el momento en el que Cataluña se pregunta: ¿Qué es España? ¿Un pueblo único o un conjunto de pueblos? ¿Un astro o un sistema de astros? Y así, Maragall llega a su concepción federal, que le hace gritar: ¡*Visca Espanya!*

e) *Hasta la muerte del poeta*.—En esta fase, después de la Semana Trágica, sus argumentos se extreman y son, por esto mismo, tan reveladores. Maragall afirma la realidad de una península en donde la existencia de Portugal y Cataluña tiene un signo semejante, porque sólo cuando España sea capaz de integrar a todos sus pueblos brotará «cultura, riqueza, libertad, una figura nacional en el mundo, el ser *una cosa de Europa*». Pero el catalanismo es débil, ya que no ha logrado hacer de Cataluña una tierra mejor. Por esto Cataluña no puede abrirse a España, ha de restaurar su antiguo lema: «*Catalunya i avant*», entendiendo que adelante quiere decir «¡adentro!».

III

A) ¿Qué significa el ideal federativo en el pensamiento de Maragall? Significa, sobre todo, dos cosas: 1) Dar satisfacción a las exigencias del catalanismo y orientarlo en su responsabilidad española. 2) Ser para España la posibilidad de un renacimiento, y para la Península, la integración de Portugal. Efectivamente, el ideal federal une la corriente regionalista (variedad irreductible a simple unidad) con la resistencia a la descomposición (conciencia de la unidad esencial de la Península). Al catalanismo le ofrece la posibilidad, además, de una solución pacífica y política a sus aspiraciones y le da conciencia de su deber o responsabilidad en la España grande. Por otra parte, el ideal federal, por ser universal y moderno («satisface al moderno criterio democrático de libertad y al naturalista de los recientes estudios históricos»), supondría la integración en Europa (idea base del catalanismo). Para España, el ideal federal supondría la integración con Portugal, que haría de «Iberia» una gran potencia. Por surgir la idea federativa de la entraña del pueblo —«sembla brollat del fons de la naturalesa ibèrica»—, y por suponer la creación de un nuevo Estado, conseguiría abrir un horizonte de libertad nuevo y haría que España viviera, por fin, en conformidad con su propia naturaleza.

B) La única España viva posible, la España soñada, fue para Maragall la España capaz de vivir «en conformidad con su propia naturaleza». Esta España, atenta a la voz y a los anhelos de sus pueblos, capaz de engendrar una acción verdaderamente colectiva, esta España grande, inmanente en la naturaleza peninsular, es la «Ibèria, mare aimada» del Himno Ibérico.

Para Maragall, Iberia sería la patria común y grande, capaz de ser políticamente una potencia en el mundo. Sería aquella capaz de proporcionar a los pueblos el bienestar de los seres que viven en conformidad con su naturaleza, capaz de hacer que la atmósfera hispana «fuera más respirable para todos», aquella en que su espíritu pudiera volar verdaderamente libre del Atlántico al Mediterráneo, «batiendo todas, todas, todas sus alas».

Joan Maragall ha sido el poeta de su tiempo y de todos los tiempos que con mayor intensidad ha sentido esta alma peninsular. Su *Himne Ibèric* es el testimonio de un anhelo y de una fe en un futuro mejor para España. Como en 1898, será la voz de un hijo que habla en lengua «no castellana», un hijo que dice sencillamente una gran verdad:

*Espanya, Espanya, et ve del mar la vida,
Espanya, Espanya, dóna al mar l'amor.*

En mi trabajo doy a conocer una versión inédita del *Himne Ibèric*, titulada «Cant dels Hispans», y se descubre que en todas las ediciones de dicho *Himno* se ha deslizado un error importante: Maragall no escribió en la segunda estrofa de su *Himne Ibèric* referente a Portugal:

Per'xò està trista — però amb dolor

sino:

Per això està trista — però amb dolçor

error que ha tergiversado de forma desgraciada el verdadero sentir de nuestro poeta respecto a Portugal.

IV

A) Maragall utilizó el vocablo *pueblo* para designar tres realidades diferentes y, en según qué casos, contradictorias:

1) La visión poética del pueblo ideal, del pueblo que es la suma de los momentos individuales de gracia de la humanidad, del pueblo que se forma en la sencillez de la vida ante Dios sólo. No cabe duda de que esta visión del pueblo es para Maragall la más importante, la que en cierto sentido informa todo su pensamiento y de la que derivan las otras dos.

2) Otras veces pueblo significa las «clases bajas», que no son unas clases económicas o sociales, sino aquella clase formada por un tipo de hombres que por sus cualidades personales no están llamados a sobresalir. Usa pueblo o «clase baja» en contraposición a «clase alta» o clase directora. Aquí la denominación de «clase baja» o de «pueblo» no tiene en absoluto un matiz despreciativo.

3) A veces Maragall se refiere a la multitud, muchedumbre o masa como pueblo. En este caso, que tampoco define exactamente una clase social, pueblo, asociado a la idea de multitud o de masa, es algo que Maragall no sólo desprecia, sino que le repugna y le da asco.

Cabría un cuarto concepto del vocablo pueblo; sería cuando Maragall se refiere concretamente al pueblo español, catalán, etc., y que, según él, es «aquel que se siente un espíritu propio y por consiguiente una misión», ya que si no se trataría de una denominación meramente geográfica. Pero este caso no se presta nunca a confusión.

B) Maragall no vio la injusticia económica y social de su tiempo porque creyó sinceramente dos cosas: 1) La posibilidad de que el obrero inteligente pudiera pasar con relativa facilidad de clase y escalar los puestos más importantes de la sociedad. 2) Junto a esta facilidad para cambiar de clase, y, en cierta manera, como un corolario a esta posibilidad, Maragall también creyó sinceramente que las clases sociales no vienen determinadas por la voluntad o por la fuerza, sino por la espontaneidad de la vida; son obra de la Naturaleza y, por lo tanto, deben respetarse.

Para Maragall los problemas de justicia social no pueden resolverse de clase a clase, porque éstas en sí no son injustas, sino de individuo a individuo. En este sentido, es decir, en el de la creencia de una posibilidad de solución individual para cada caso, que además transformará al mundo, la sinceridad de Maragall es incuestionable; pero pese a las críticas que podía habernos hecho *Gaziel*, nosotros nos atrevemos a calificar esta posición de ingenua. Porque si no ¿cómo el Maragall que era capaz de afirmar con fuerza: «yo comprendo la lucha y hasta el odio contra un patrono, contra diez, contra ciento, que abusan de las ventajas de su posición para

engañar o para oprimir a sus obreros, y me siento dispuesto a ponerme al lado de éstos en justicia (...), devolviendo injusticia por injusticia, herida por herida», cómo, pues, el Maragall que esto afirmaba no fue capaz de ver que prácticamente era casi toda una clase propietaria la que estaba oprimiendo a otra clase desposeída privándola de la posibilidad de una vida verdaderamente individual y de una dignidad de hombre?

V

El abismo más hondo que separa a Maragall de la «generación del 98» es el distinto sentimiento y la diferente actitud vital, frente a la realidad y a la posibilidad de la España de su tiempo. Si los hombres del 98 se evadieron de su presente histórico por la vía del ensueño, Maragall fue el hombre que día a día puso su crítica «siempre al servicio de un proyecto de vida española». Un proyecto real, concreto y realizable. Un proyecto que, como hemos visto, evolucionó de un regionalismo nacionalista al gran ideal federal. Maragall fue el hombre esperanzado, orgulloso muchas veces de su hora y de su generación, a la que llegó a soñar y a calificar de heroica. Y esto fue así, fundamentalmente, por tres razones: 1.ª, porque le precedía un espléndido renacimiento, todo el resurgir de un pueblo y, sobre todo, de una lengua; 2.ª, porque pertenecía a la generación catalana de 1901, generación con una tarea urgente, inmediata a realizar; 3.ª, finalmente, Maragall hizo de su obra un proyecto de vida española porque tenía fe en el pueblo catalán y en Cataluña, porque tenía fe en la posibilidad de «*Ibèria, mare aimada*», nacida de la voluntad paciente de todos los peninsulares.

Esta Iberia que Maragall creyó tan próxima no fue un «ensueño», sino una posibilidad muy real y concreta para solucionar de una manera verdadera y honda el problema de España o, con palabras más maragallianas, el malestar de España. Si Ortega pudo decir que «España era el problema y Europa la solución», Maragall hubiera podido muy bien decir que «el problema era Castilla (en el sentido de la España vieja, oficial o castellanizada) e Iberia la solución», es decir, el camino hacia una realidad «*alegre, fecunda i viva*», el camino que haría España, por fin, «una cosa de Europa».

Por esto, a pesar de los indiscutibles puntos de contacto que unieron vital y humanamente a Maragall con la «generación del 98» (nacimiento, clase social, cultura, profesión, reacción crítica ante la España de su tiempo, etc.), las divergencias son tan profundas que hacen difícil poder incluir de una manera total a Maragall en el famoso grupo generacional.

El aporte más original de Maragall a la problemática planteada por los hombres del 98 es presentar en toda su pureza y belleza los anhelos de una Cataluña renaciente y distinta del resto de la España contemporánea. En este sentido, una comparación, hombre a hombre, de Maragall con sus coetáneos del 98 resultará siempre parcial o forzosamente incompleta. Como ha señalado Vicens Vives, siguiendo a Ferrater Mora, hubo una diferencia de ritmo esencial entre los dos pueblos peninsulares más representativos que debieron enfrentarse con el desastre. Hemos de acer-

carños a la complejidad representada por todos los peninsulares en el momento crítico del 98, teniendo en cuenta esta realidad.

Para Maragall, por ejemplo, no tiene vigencia vital la tensión entre casticismo-europeísmo, tan importante en los hombres de la llamada «generación del 98». Desde un principio el catalanismo de Maragall fue europeísta y quiso ahondar en su conciencia diferencial. Maragall será el representante de una actitud decididamente europea e ibérica, y por ahí se ha de introducir la principal brecha que, rompiendo con los mitos creados por los grandes escritores castellanos del 98, nos acerque a una plataforma más real e íntegramente española de todas las fuerzas vivas que con sensibilidad y amor reaccionaron de una forma honda y original frente a la gran crisis hispánica de 1898.

VI

En mi tesis incluyo como apéndice o nota una aportación documental de gran valor para los estudiosos de la obra de Joan Maragall y de la historia de Cataluña durante el último siglo.

a) El epistolario completo de don Juan Mañé y Flaquer a Maragall. Lo constituyen veintidós cartas, todas ellas inéditas. Cartas que, ya en una primera aproximación, permiten las siguientes conclusiones:

1.ª El pensamiento catalanista de Maragall sólo puede explicarse teniendo en cuenta la gran influencia que sobre él ejerció Mañé y Flaquer. Influencia que, no nos cabe duda, debió de tener una trayectoria doble, pero desgraciadamente sólo ha llegado a nosotros una carta de Maragall a Mañé.

2.ª En la base de la apertura maragalliana al horizonte peninsular estuvo la influencia bienhechora del «pontífice de la burguesía barcelonesa». Fue precisamente Mañé quien, en un momento decisivo de la vida de nuestro poeta, lanzó a Maragall a un viaje a Madrid. Viaje que es de capital importancia para explicarnos las relaciones de Maragall con los intelectuales castellanos de la época.

b) Versión inédita del *Cant dels Hispans*, con unas variantes de gran interés y que matizan las versiones hasta ahora conocidas del *Himne Ibèric*.

c) Una carta de Javier Ugarte a Maragall, que ayuda a completar la documentación aportada por Josep Benet en su *Maragall i la Setmana Tràgica*.

d) Una postal de Pío Baroja a Maragall.

e) Fragmentos inéditos del *Epistolario de Maragall a su amigo Lloret*, recientemente adquirido por el Archivo Maragall. Epistolario de gran interés que demuestra cómo algunas de las ideas expuestas por Maragall a raíz de la Semana Trágica habían sido ya trabajadas en su juventud, en especial la idea del perdón.

f) La defensa que el propio Maragall escribió de su artículo «La patria nueva».